

## NAVIDAD

## GLOSA LITURGICA

Al cristiano que sigue con amor la liturgia de la Iglesia, le están reservadas suaves delicias en el transcurso del Año Litúrgico; lástima que sea tan poco conocida su exuberante vitalidad.

La liturgia del tiempo de Navidad es toda ella un himno magnífico de dulce alegría; cantos de Angeles ante la gruta de Belén; algarabía pastoril; arrullos maternales, todo ello llega hasta nosotros con graves acentos que nos impresionan. Celebramos el Nacimiento temporal; pero hay el Nacimiento místico y otro sublime anterior a todos los siglos, y esta generación eterna es la que culmina sobre las demás en la liturgia del día de Navidad:

El Señor me dijo: «Mi hijo eres tú. Yo te he engendrado hoy», estas son las palabras del Introito de la Misa de Media noche, las mismas que desde toda la eternidad el Padre dijo a su Verbo; estas mismas repite hoy la liturgia al recordarnos el Nacimiento temporal del Hijo de Dios.

El Evangelio de la primera Misa nos recuerda el hecho histórico del Nacimiento de Jesús en el portal de Belén. En él, San Lucas hace historia del decreto de César Augusto mandando el empadronamiento de todo el mundo, y que fué causa de que Jesús naciera en Belén; nos describe el celestial mensaje del Angel a los Pastores y deja escrito el himno de alabanza de los Angeles tan olvidado de los mortales: «Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra, paz a los hombres de buena voluntad».

El Introito de la segunda Misa, es un saludo al Rey recién nacido: «Hoy brillará la Luz sobre nosotros; porque nos ha nacido el Señor; y será llamado Admirable, Dios, Príncipe de la Paz, Padre del siglo venidero, cuyo reino no tendrá fin».

Repasemos frecuentemente estas palabras y veremos como hablan a nuestros corazones y les devuelven la

paz, tantas veces perdida en las encrucijadas de nuestra vida.

En la tercera Misa la liturgia toma para el Introito estas palabras de Isaías «Un Niño nos ha nacido, y un Hijo se nos ha dado; el cual lleva sobre sus hombros el principado; y será su nombre: Angel del gran Consejo».

Por los textos descritos nos es fácil entender que mientras la poesía popular de los villancicos nos describe los encantos del Niño Dios, las alegrías de la Virgen, el ir y venir de los pastores, la Iglesia en cambio se extasía en la contemplación del Verbo que sale del seno del Padre desde toda la eternidad y aparece en el tiempo entre los hombres. Esta idea es el punto central de la liturgia de Navidad y la que pone en ella un sello de grandeza que nosotros tal vez olvidamos en presencia de los nacimientos que se instalan durante estos días y que hablan demasiado a los sentidos para poder llegar a las profundidades del ser.

Armonicemos con cuidado la retozona alegría de la poesía popular con la dulcísima seriedad de la liturgia Navideña, y nos sentiremos alegres y santamente austeros como un San Francisco que prorrumpía en gestos de una sublime locura en presencia del pesebre, o una Santa Teresa que al recordar el prodigio del nacimiento de un Dios, ataba las castañuelas a sus finas manos y cantaba e invitaba a cantar a sus monjas ya que el regocijo chorrea del misterio de Navidad como había anunciado Isaías, ilumina los corazones, atraviesa todos los siglos y se derrama por toda la tierra.

Del regazo de una estrella  
se ha desprendido una rosa,  
y está la tierra gozosa  
porque se ha posado en ella.

J. S. F.

Granollers, Navidad de 1944.

